

Un libro que “da a pensar” / Pepi Patrón

El Perú frente al siglo XXI,
Gonzalo Portocarrero y Marcel Valcárcel, (editores),
Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995
(28 autores/27 artículos/10 comentarios; 670 páginas)

Quiero reiterar aquí lo que dije cuando tuve el honor de presentar el libro de G. Rochabrún: me siento muy honrada, no sólo en lo personal, sino también en nombre de la especialidad. Creo que finalmente vientos de interdisciplinaridad recorren Pando y todos nos estamos beneficiando enormemente con ello. Los vínculos entre Filosofía y la Facultad de Ciencias Sociales son cada vez más estrechos y lo que hace un par de décadas hubiese parecido muy extraño es hoy una realidad y abre la posibilidad de trabajo conjunto en el futuro. Lamenté mucho no haber podido participar en el seminario que dio origen a este volumen con ocasión de la conmemoración de los 30 años de la creación de la Facultad de Ciencias Sociales. Debo confesar, sin embargo, que ante la dimensión del trabajo, he tenido gusto. Lamento las omisiones, pero es imposible hacer todo lo que tendría que hacerse. Mis omisiones no tienen nada que ver con la importancia o calidad de lo que se omite, sino con limitaciones objetivas de tiempo, espacio y conocimiento de los temas. Ello, además de mis inclinaciones personales, a las que felizmente la hermenéutica ha legitimado epistemológicamente bajo la forma de una rehabilitación de los prejuicios, del círculo

hermenéutico y de la parcialidad de todo conocimiento humano.

Se tiene que comenzar por el principio y el principio en este caso es felicitar a los editores de este libro por tan encomiable iniciativa. Encontramos en él un afortunado equilibrio entre el balance de lo hecho —con todas sus riquezas, carencias y dificultades— y la agenda de las ciencias sociales frente al Perú del siglo XXI. Es un libro que nos permite, como dice el afiche, una visión integral del Perú, pero también nos ofrece una visión integral de las ciencias sociales y de su trabajo. Como dice Gonzalo Portocarrero en su discurso inaugural: «con seguridad puede decirse que la realidad se ha demostrado mucho más compleja e impredecible y que las ciencias sociales han sido mucho más diversas y falibles de lo que pudo haberse imaginado» (628). Complejidad de lo humano y falibilidad de las ciencias, que nunca dejarán de acompañar nuestro siempre finito e histórico saber.

Leer este libro, y en particular la segunda y tercera partes en las que yo me he detenido, permite hacerse una idea del estado de la cuestión, es decir de la teoría y la investigación, enterarse de lo hecho y lo por hacerse; tomar nota de las carencias teóricas y las crisis de algunos referentes

conceptuales, pero sobre todo compartir el entusiasmo frente a la formulación de alternativas, de nuevos ejes y temas de investigación. Como dice T. Kuhn, el responsable del término de paradigma y aunque no necesariamente su aplicación a diversos ámbitos del saber humano, «no es en época de ciencia normal, sino en época de crisis paradigmática donde se producen las grandes innovaciones». La diversidad de temas, perspectivas y problemas que este libro pone de manifiesto resulta, así, sumamente alentadora y estimulante. Es un libro que (plagiado a un amigo) «da a pensar».

Con la agudeza que lo caracteriza, Guillermo Rochabrún, en su texto «Horizontes y discursos en la sociología peruana», hace un recorrido de las tres décadas transcurridas, de los desplazamientos conceptuales, de las tensiones y complementariedades entre el quehacer académico y la intervención práctica, en particular, a través de las ONGD. En lo referente a los cambios en la sociología, el autor otorga gran importancia al aporte de la temática de género, que puede atravesar todos los campos de la investigación en las ciencias sociales y que amenaza con producir una «revolución epistemológica», tesis que, por lo demás comparto con Rochabrún. El futuro, «el mirar hacia adelante» sin embargo está en gran medida dado en función de los propios silencios y omisiones del quehacer sociológico: su descuido de las clases medias, la necesidad de abordar las relaciones y percepciones recíprocas de los diferentes sectores de

la sociedad peruana, es decir ¿qué imágenes tenemos unos de los otros?, ¿cómo nos vinculamos en el imaginario? O dicho directamente una «sociología de las emociones» aunque discrepo con su afirmación de que «no porque ellas sean la causa de nada, sino porque son una puerta de entrada muy elocuente a las situaciones sociales tal como ellas son efectivamente vividas». Sí creo que pueden ser la causa de muchas cosas y a nivel político queda mucho por investigar en este país cuánto nos movemos por emociones y no exclusivamente por razones, lo que el viejo Rousseau llamaba consensos del corazón, por cierto, no necesariamente positivos.

Crítico como siempre, escribe Rochabrún: «La sociología ha sido capturada por una ideología democrática maximalista, que pondera sin límites el consenso, el respeto a las reglas de juego y la indiferenciación entre ciudadanos». Obviamente él afirma no verle «nada de malo a la democracia», y ese no es el punto, sino incidir en el desfase (¿una vez más?) entre lo que prioriza la sociología y lo que siente (o parece sentir) la mayoría de los peruanos. El asunto no es la importancia que el sociólogo otorga o no a la democracia, sino «las circunstancias desde las cuales la gente vive la política, las condiciones desde donde se constituye su *sentir* político». Cómo se vive, cómo se siente, cómo nos imaginamos unos a otros, ciertamente estamos ante cambios de preguntas y de horizontes de respuestas, respecto de una realidad, la peruana, que

Rochabrún afirma muy enfáticamente como fragmentada.

Uno de los hilos conductores que he encontrado entre los varios textos leídos, y que tiene que ver con esta fragmentación a que alude Rochabrún, es el tema de la *diferencia*, que como bien reclama Altamirano en su artículo, no es nuevo en la antropología, ni desde la perspectiva de la antropología. Sin embargo, la importancia que se le concede ahora desde perspectivas tan distintas me resulta una entrada interesante para abordar la diversidad de los trabajos de los que me he ocupado.

En efecto, los textos de Narda Henríquez y Juan Ossio comienzan por abordarla y en el caso del ensayo de Sinesio López termina con una reflexión sobre la misma.

En un artículo muy sugerente, en el que no obstante se echa de menos una mayor articulación conceptual y argumentativa, Narda Henríquez aborda la cuestión de la diversidad desde el título «La sociedad diversa, hipótesis y criterios sobre la reproducción social». En su intento de precisar los ejes sobre los que se está reconstituyendo un nuevo ordenamiento social, ella ausculta los cambios en la reproducción social, la estratificación y la movilidad social. Una afirmación inicial en el texto me parece sumamente ilustrativa: «la construcción de un nosotros en la sociedad peruana sólo comienza con el reconocimiento de unos y otros como diferentes» (920). Diferencias que no tienen, sin embargo, que configurarse como desigualdades.

Tal es el caso de la variable etnicidad, por ejemplo, y según ilustra el texto, también la variable género. «El peso de la crisis económica ha recaído en familias y en particular en las mujeres», pues una parte cada vez mayor de la población depende para su reproducción principalmente de las iniciativas familiares. Y todos sabemos el rol de la mujer en las familias, sobre todo en los sectores más directa y violentamente afectados por dicha crisis. Como en el caso de las diferencias entre los géneros, la etnicidad aparece también como eje de desigualdades. Afirma Henríquez: «las diferencias que pueden ser enriquecedoras para la vida en democracia han sido el fundamento para agudizar las desigualdades».

Y sobre la importancia de la «etnicidad» insiste el texto de Juan Ossio, «Etnicidad, cultura y grupos sociales», frente a visiones homogeneizantes que no permiten ni en la práctica ni en la teoría el reconocimiento de las diferencias y particularidades. Pluralismo cultural que nociones universalizantes, y en muchos casos acriticamente adoptadas, del tipo dependencia o clase social, difícilmente dejan percibir. Se nos propone repensar y replantear el problema del pluralismo cultural, cuya negación ha sido una de las más serias contradicciones del Perú a lo largo de su vida republicana. Con el intento republicano de hacer coincidir nación y Estado, dice Ossio «oficialmente se inició una campaña velada en contra del derecho a ser diferente». A partir de una larga experiencia de in-

investigación en la comunidad de Acomarca, él relata la compleja relación que establecen entre sí los «indígenas» y los «mestizos», siendo aquí decisivo tomar en cuenta que «cada cual tiende a representarse mutuamente de acuerdo a los valores culturales que han heredado y de sus respectivas posiciones en el conjunto social». Mutua representación que pedía en su texto Rochabrún y que aparece aquí abordada desde la perspectiva «microcósmica» que propone Ossio. Dice literalmente que se trata de «ingresar a los microcosmos donde se recrea la identidad cultural andina y a partir de ella remontarnos al conjunto nacional. No hacerlo supone quedarse atrapados en las categorías favorecidas por el centralismo y volverse cómplice de los prejuicios casi atávicos de nuestras élites dominantes».

Si bien puede uno eventualmente estar de acuerdo en que categorías como dominación, clase o «sentimiento de clase explotada» no alcanzan a dar cuenta de la complejidad de relaciones entre grupos sociales originados de la confrontación de dos sistemas sociales y culturales distintos, también es importante destacar que, desde el punto de vista de la teoría, los conceptos siempre reclaman un nivel de generalidad y/o universalidad que permite dar cuenta de lo real y, además, es sólo desde algún nivel de universalidad que podemos legítimamente reclamar el derecho de criticar.

Asumir diferencia y fragmentación no tiene necesariamente que conducirnos a renunciar a un lugar normativo desde el cual

criticar, y ese es uno de los riesgos que visiones muy hostiles a la universalidad conceptual puede correr. También está, por cierto, el riesgo señalado por Degregori de «congelar» lo andino o incluso las categorías criticadas, cuando desde dentro de ellas mismas ha habido un proceso de crítica y renovación. Para ilustración el caso del actual presidente del Brasil, uno de los grandes teóricos de la dependencia.

Con la rigurosidad que lo caracteriza, Sinesio López hace un recorrido histórico en el que intenta mostrar que el complejo institucional del Perú en la segunda mitad de este siglo es el resultado de la interacción de los procesos de modernización y de democratización (que suelen estar en relación de tensión) así como de la forma de Estado y del tipo de régimen político. Luego de un notable —aunque a veces esquemático— repaso del papel del Estado, del tipo de régimen político y del carácter de las instituciones de la sociedad civil y la sociedad política, López subraya el grave proceso de desinstitucionalización (¡ojalá que lo largo de la palabra no sea directamente proporcional a su duración!) que vive el país actualmente. La década de los ochenta no es, afirma López, sólo una década perdida, sino también «una oportunidad desperdiciada» en nuestro país. Las diversas crisis de los ochenta desorganizaron la sociedad «pero liberaron, al mismo tiempo, nuevas energías sociales cuyos rasgos no han sido analizados con precisión. Se han hecho diversas lecturas de esas energías desatadas —el

otro sendero, el desborde popular, la otra modernidad, la conquista campesina de la ciudad entre otras...» pero falta un balance de los diversos trabajos de interpretación. Creo que hay aquí una importante demanda de discusión teórica, de discusión de los marcos conceptuales desde los que se han leído estas diversas crisis. Así, por ejemplo, las consideraciones finales del texto, sobre las dificultades de la construcción en el Perú de una comunidad política, pasa por una necesaria modernización que no significa homogeneidad y menos aún homogeneidad cultural, sino que se tiene que dar sobre la base —otra vez— del reconocimiento de las diferencias de la población.

Las consideraciones de López sobre la crisis institucional del Perú y sobre el hecho de que poderes fácticos, como los tecnócratas «estén reemplazando a intelectuales que tenían que ver con los valores», no tienen sino una trágica actualidad y muestran la pertinencia del diagnóstico. Un poder supuestamente democrático y representativo como el Congreso de la República está tomando decisiones al amparo de la noche, sin constituirse en el espacio de debate y consenso que debería ser, atropellando valores éticos mínimos, e incluso negando a la ciudadanía la posibilidad de un debate público en nombre de una racionalidad de la eficiencia y los resultados. De allí que a la luz de los acontecimientos de los últimos días resulte tan pertinente —y aguda como siempre— la observación de Julio Cotler que pide

complementar los mapas institucionales con análisis sobre la naturaleza y funciones de las instituciones, es decir «mirar dentro de ellas».

Y mirar dentro de ellas es lo que propone Violeta Sara-Lafosse en lo que respecta a esa institución básica de nuestras sociedades que es la familia. En el texto titulado «Familias peruanas y paternidad ausente» se trata de poner de manifiesto las múltiples contradicciones que atraviesan a dicha institución y el desfase casi dramático entre la ley y la realidad efectiva que un grupo básico como éste pone de manifiesto. La subcultura del machismo es una de las pistas propuestas por la autora para entender problemas, a lo que Cecilia Blondet añade en su comentario la necesidad de tomar en cuenta los procesos sociales de las últimas décadas para una explicación, tal vez, más compleja del asunto.

En la misma temática, pero desde una perspectiva distinta, Cecilia Rivera pone de manifiesto la necesidad de atender a aquellos procesos culturales de los cuales la familia es también mediadora. A propósito de la necesidad de lecturas diferentes, Cecilia Rivera nos propone en este sugerente artículo abordar los problemas de la familia, pero «colocándose en la perspectiva de los niños y ello a través de Arguedas». La familia es también espacio de discriminación y de conflicto al interior de la pareja, de reproducción de estereotipos y modelos genéricos de conducta, a lo que nos invita a pensar la autora a través de ideas tan provocadoras

como ¿por qué no se habla de padres abandonados? o ¿por qué el abandono femenino (es decir de la madre) es afectivo y el del padre (es decir el abandono del lado masculino) es material? Y en este terreno de las diferencias, los artículos sobre la temática de género tienen una palabra decisiva que pronunciar.

Los textos de Patricia Ruiz Bravo y de Jeanine Anderson nos llevan al imperativo de pensar y considerar el género como una dimensión constitutiva de la sociedad. «No es posible», afirma Patricia Ruiz Bravo, «seguir pensando en el futuro del país sin cuestionar las relaciones de poder que existen entre los géneros». Aquí se trata de una diferencia (¿o varias?) que es también eje de desigualdad y de discriminación. Como ella misma afirma siempre es un buen comienzo recordar lo que se sabe. Los avatares de los estudios sobre la mujer, desde la vieja perspectiva de las buenas y los malos, la reivindicación femenina de la que habló Zolezzi, hasta las preguntas actuales sobre si existe o no «lo» femenino, cuestionando la misma idea de diferencias esenciales, pasando por la discusión sobre la feminización de la pobreza en las organizaciones de sobrevivencia; todos estos caminos son lúcida y críticamente revisados por la autora, haciéndonos notar la decisiva importancia que tiene el sistema de género como eje que organiza y clasifica al conjunto social. Aquí la discusión teórica está abierta y la agenda es urgente: la relación de los problemas de género con la política (ciertamente, la

imagen de Martha Chávez no es una reconciliación), la necesidad de estudiar las identidades masculinas, las consecuencias de los cambios de espacio de las mujeres, las relaciones de pareja, el amor, la intimidad; otra vez nuevos horizontes, nuevas preguntas y la urgencia ya no sólo la necesidad, del trabajo interdisciplinar. Zolezzi reclama aquí el abandono del feminismo.

Esto último lo pone de manifiesto el texto de Jeanine Anderson, quien subraya el carácter masculino de la cultura de las ciencias sociales en el Perú y la necesidad de llegar a una visión «bifocal» que permite mirar a hombres y mujeres como dos categorías equivalentes y que a su vez, permitirá la visión integrada que todos (y no todas, como bien indica Zolezzi en su comentario) pretendemos. Estamos ahora en esta fase de visión bifocal en la que «rescatamos y producimos conocimiento sobre las mujeres sin todavía llegar a una visión integrada en la que hombres y mujeres son igualmente sujetos, solos y en relación». Pero para ello la necesidad de la colaboración interdisciplinar es evidente: «En los intersticios entre una disciplina y otra resaltan los problemas en común y se manifiestan las deficiencias de soluciones parciales dadas por cada disciplina. En las zonas de cierta ambigüedad, sin propietarios definidos, se hace posible volver a las grandes cuestiones de las ciencias humanas».

Y ese es, en lo personal, uno de los grandes méritos de

este libro. Para una lectura que no es del gremio de las ciencias sociales, —aun cuando como todos saben enseñó muy a gusto en dicha Facultad— el libro es una invitación a pensar y a volver

de manera renovada a las grandes preguntas que todos compartimos.

(Texto para la presentación del libro
Centro Cultural de la PUCP. Lima
21 de junio de 1995).